



FUTUROS POSIBLES



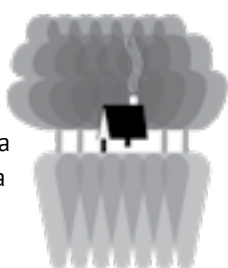
Cartel: Yu Fan / China

COMUNIDADES DE SABERES

Paisajes frágiles, memorias vivas...

Un territorio refleja la historia, la cultura y la naturaleza de quienes lo habitan; simboliza la relación entre comunidades y entorno, y forma un tejido dinámico que guarda nuestra memoria colectiva.

.....4



Entre caídas y avances

La incertidumbre ante el futuro nos paraliza porque sentimos que, por cada paso que damos, existe el riesgo de volver a caer y que el esfuerzo no sirve, como un juego de serpientes y escaleras.

..... 6 y 7





Editorial

Hablar del futuro siempre ha sido una apuesta valiente que en ocasiones resulta en idealizaciones inviables, escenarios catastróficos o apuestas tecnológicas que rápidamente van siendo rebasadas por la realidad. Pensar en el futuro, particularmente en tiempos de incertidumbre, es un reto que nos puede llevar a la parálisis, pero también a la acción. Esta edición aborda el desafío de encontrar sentido en las transformaciones que marcan nuestras vidas y nuestro hábitat.

Las condiciones ambientales, sociales y tecnológicas actuales se caracterizan por el cambio, por lo tanto, no podemos pensar en escenarios lineales y previsibles, sino en construir futuros posibles a partir de la flexibilidad, la búsqueda de alternativas, la capacidad de adaptación y, sobre todo, de la voluntad de mirar hacia adelante desde el presente.

Emma R. Morales García de Alba,
Mónica Solórzano Gil y
Daniel Enrique Sardo, *académicos del ITESO*

Los carteles de este número forman parte del concurso “Futuros posibles más allá del 2030” en el que se recibieron 316 propuestas de 36 países y se seleccionaron las mejores 50. Agradecemos a Héctor Hugo García Sahagún por contactar a las y los autores y permitirnos compartir su trabajo. Consulta los carteles finalistas aquí: <https://bit.ly/4lR5ML3>



¡Queremos escucharte!

Ahora puedes enviarnos tus opiniones o comunicarnos tu interés para escribir en este suplemento.

cifovis@iteso.mx

Agosto – Octubre 2025



Clavigero es una publicación trimestral del: Centro Interdisciplinario para la Formación y Vinculación Social
Departamento de Estudios Socioculturales
Departamento del Hábitat y Desarrollo Urbano
Departamento de Formación Humana
Departamento de Economía, Administración y Mercadología
Departamento de Psicología, Educación y Salud
Coordinación de Divulgación y Difusión Académica

Coordinadores del número: Emma R. Morales García de Alba, Mónica Solórzano Gil y Daniel Enrique Sardo

EQUIPO EDITORIAL
Catalina González Cosío Diez de Sollano / Editora
Oficina de Publicaciones / Cuidado de la edición
Beatriz Díaz Corona J. / Diagramación

Infografía: María S. Magaña

COMITÉ CIENTÍFICO
Ana Paola Aldrete González / Departamento de Economía, Administración y Mercadología
Rebeca Acevez Muñoz / Centro Interdisciplinario para la Formación y Vinculación Social
José de Jesús Guridi Colorado / Departamento de Estudios Socioculturales
Mónica Solórzano Gil / Departamento del Hábitat y Desarrollo Urbano
Marinés de la Peña Domene / Centro Interdisciplinario para la Formación y Vinculación Social
Cristina Ulloa Espinosa / Departamento de Formación Humana
Tania Carina Zohn Muldoon / Departamento de Psicología, Educación y Salud
Coordinación de Divulgación y Difusión Académica

Clavigero, Año 9, Núm. 37, agosto – octubre 2025, es una publicación trimestral editada y distribuida por el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, A.C. (ITESO), Periférico Sur Manuel Gómez Morán 8585, Col. ITESO, Tlaquepaque, Jal., México, C.P. 45604, tel. +52 (33) 3669 3463. Editora responsable: Mtra. Catalina González Cosío Diez de Sollano. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo No. 04-2019-070310332100-203, otorgado por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Responsable de la última actualización de este número, Mtra. Catalina González Cosío Diez de Sollano, el 1 de agosto de 2025. Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del editor de la publicación. Se permite la reproducción parcial o total de los contenidos citando la fuente.

LORIS ANTONIO SERVILLO / profesor ordinario en Planificación Territorial y director del Centro de Investigación Interdepartamental “Future Urban Legacy Lab” del Politécnico de Turín, Italia

Los futuros en las ciudades

La “ciudad del futuro” a menudo se presenta como un ideal utópico, modelado por la innovación tecnológica, los principios de sostenibilidad y las prácticas arquitectónicas más avanzadas. Sin embargo, esta visión requiere una evaluación crítica a la luz de los desafíos urbanos contemporáneos. Las ciudades no son espacios estáticos e idealizables, sino sistemas dinámicos y en constante transformación, llenos de contradicciones sociales y caracterizados por diversos desafíos sociopolíticos, ambientales y económicos. Por lo tanto, habrá que confrontar estas complejidades sin buscar la ciudad del futuro, sino imaginando los futuros justos y posibles en las ciudades actuales.

De la ciudad del futuro al futuro en la ciudad: innovación tecnológica y equidad social

Las ciudades se configuran cada vez más como causa y víctima del deterioro ambiental, y estamos siendo testigos de múltiples iniciativas dedicadas a revertir esta situación. Desde la reconfiguración de las redes energéticas hasta la transformación de los sistemas de transporte las ciudades están impulsadas por nuevos imaginarios ecológicos, que integran infraestructuras verdes en su tejido físico y social. Para lograr esto es necesaria una estrategia amplia e inclusiva, que sepa reconocer las posibles contradicciones. La transición hacia ciudades más sostenibles cuestiona los modelos tradicionales de crecimiento urbano basados en la producción y el consumo lineales, que a menudo son más económicos. No obstante, para evitar que la transición se convierta en un factor de discriminación y gentrificación son importantes la justicia social y espacial. Las comunidades marginadas, a menudo las más afectadas por los daños ambientales, deben ocupar una posición central en las políticas de resiliencia climática.

Las innovaciones tecnológicas —como la inteligencia artificial, el internet de las cosas y los *big data*— prometen hacer más eficiente la gestión urbana, desde la optimización de la distribución energética hasta la mejora de los flujos de tráfico, reduciendo al mismo tiempo la huella ecológica, aunque estas tecnologías también conllevan riesgos significativos. La brecha digital persiste y el acceso desigual a la tecnología corre el riesgo de acentuar disparidades socioeconómicas preexistentes.

Además, el rápido avance tecnológico plantea interrogantes críticos sobre la gobernanza ética de los datos, su democratización y la protección de la privacidad. En consecuencia, los proyectos urbanos futuros deben ir más allá de la simple optimización de las infraestructuras tecnológicas, abordando las dinámicas sociopolíticas que moldean el espacio urbano.

La resiliencia ecológica debe ir acompañada de condiciones de vida de alta calidad, que incluyan acceso a espacios verdes, aire limpio, viviendas accesibles y servicios esenciales. Esta doble perspectiva cuestiona los paradigmas tradicionales del crecimiento urbano, que a menudo están orientados al desarrollo económico en detrimento de la equidad social. Una ciudad desigual, polarizada, es una ciudad que vive mal y es peligrosa. Al mismo tiempo, la justicia espacial es un tema a

varias escalas, que requiere mirar también las estructuras territoriales policéntricas, formadas por pequeñas y medianas ciudades, lugares fuertemente integrados con sus paisajes y la relación entre comunidades urbanas y rurales.

Pensar el futuro en las ciudades significa imaginar un proceso continuo y en evolución, que parte de la conciencia de la complejidad de la urbanidad contemporánea, que integra áreas urbanas y territorios policéntricos. Se requiere un enfoque crítico e interdisciplinario, capaz de ser al mismo tiempo visionario y anclado en las realidades presentes y sus legados más profundos. Las ciudades pueden transformarse en espacios no solo tecnológicamente avanzados, sino también resilientes, inclusivos y capaces de garantizar una alta calidad de vida para todos a través de formas innovadoras de gobernanza. •



Cartel: Agnieszka Adam / Polonia

PIERFRANCESCO CELANI / investigador del Departamento de Ingeniería Ambiental de la Universidad de la Calabria, Italia

Paisajes frágiles, memorias vivas

Un territorio no es solo un trozo de tierra; es la manifestación viva de todo lo que ha sucedido en él a lo largo del tiempo. Es el punto de encuentro entre naturaleza y cultura, donde las acciones humanas dejan huellas, construyen significados y moldean los paisajes.

A lo largo del tiempo las personas han reescrito sus territorios una y otra vez. Los usos cambian, se levantan nuevas construcciones y se derriban otras. Sin embargo, hay elementos que perduran. Esto es lo que algunos llaman el *palimpsesto territorial*: una acumulación de huellas que conforman la memoria profunda de una comunidad.¹

A partir del pensamiento de Sigmund Freud sobre las memorias estratificadas² podríamos decir que el territorio guarda recuerdos superpuestos. Todo ello forma una enciclopedia viviente, como decía David Harvey, donde se entrelazan saberes, usos y vínculos que dan forma a nuestra vida en común.³

Estos paisajes cargados de sentido son también frágiles. Su vulnerabilidad no está en su debilidad, sino en el valor de lo que conservan: son testigos de historias que han resistido y se han adaptado. Si logramos reconocer su singularidad podemos convertirlos en herramientas para imaginar y construir futuros sostenibles.

Los territorios, como las personas, llevan memoria. En los más vulnerables esa memoria es decisiva: guía nuevas formas de desarrollo local en las que el uso del patrimonio, lejos de agotarlo, lo fortalece.

Ver el territorio como un entorno local —una red de recursos naturales, culturales y económicos— permite imaginarlo más allá de la suma de sus partes.⁴ Es un sistema vivo, en el que todo está interconectado y donde las estrategias de desarrollo prosperan si se alinean con su esencia.

En lugar de imponer políticas externas podemos reconocer que muchas actividades productivas, cuando están arraigadas en su entorno, ya incluyen formas de cuidado y valorización del patrimonio. Así, el



Cartel: Fernanda Ochoa / México

desarrollo deja de ser una imposición para convertirse en una respuesta al reconocimiento de lo que ya está presente.

Todo esto es posible si existe un vínculo afectivo y social con el lugar. Es decir, si las personas se sienten parte de ese territorio y ven en él un reflejo de sí mismas. La meta no es únicamente conservar; también supone acompañar una evolución viva. Regresar al territorio, en este contexto, implica fomentar formas de producción local que fortalezcan su valor como bien común. Ese valor no se mide solo en lo tangible, sino también en los conocimientos transmitidos, las maneras de hacer y las formas de convivencia que han dado identidad al lugar.

El concepto de *territorio circular* parte de este principio: cadenas de producción

interconectadas que colaboran, reciclan y piensan a largo plazo. Un modelo que se aleja de la obsolescencia y apuesta por la renovación constante —pero este sistema necesita nutrirse de nuevos saberes, prácticas y políticas. También requiere conciencia de que el patrimonio no se hereda pasivamente, sino que se cultiva. •

.....

1. Corboz, A. (1998). *Ordine sparso. Saggi sull'arte, il metodo, la città e il territorio*. Franco Angeli.

2. Freud, S. (1986). *Lettere a Wilhelm Fliess. 1887-1904*. Bollati Boringhieri.

3. Harvey, D. (1993). *La crisi della modernità*. Il Saggiatore.

4. Dematteis, G., & Magnaghi, A. (2018). Patrimonio territoriale e corallità produttiva: nuove frontiere per i sistemi economici locali. *Scienze del Territorio*, No. 6, 12-25. <https://bit.ly/3HMQ37K>

GIL HUMBERTO OCHOA GONZÁLEZ / *director del Departamento del Hábitat y Desarrollo Urbano del ITESO*
JOSÉ DE JESÚS TORRES GARCÍA / *doctorante en Hábitat y Sustentabilidad por la Ibero León*

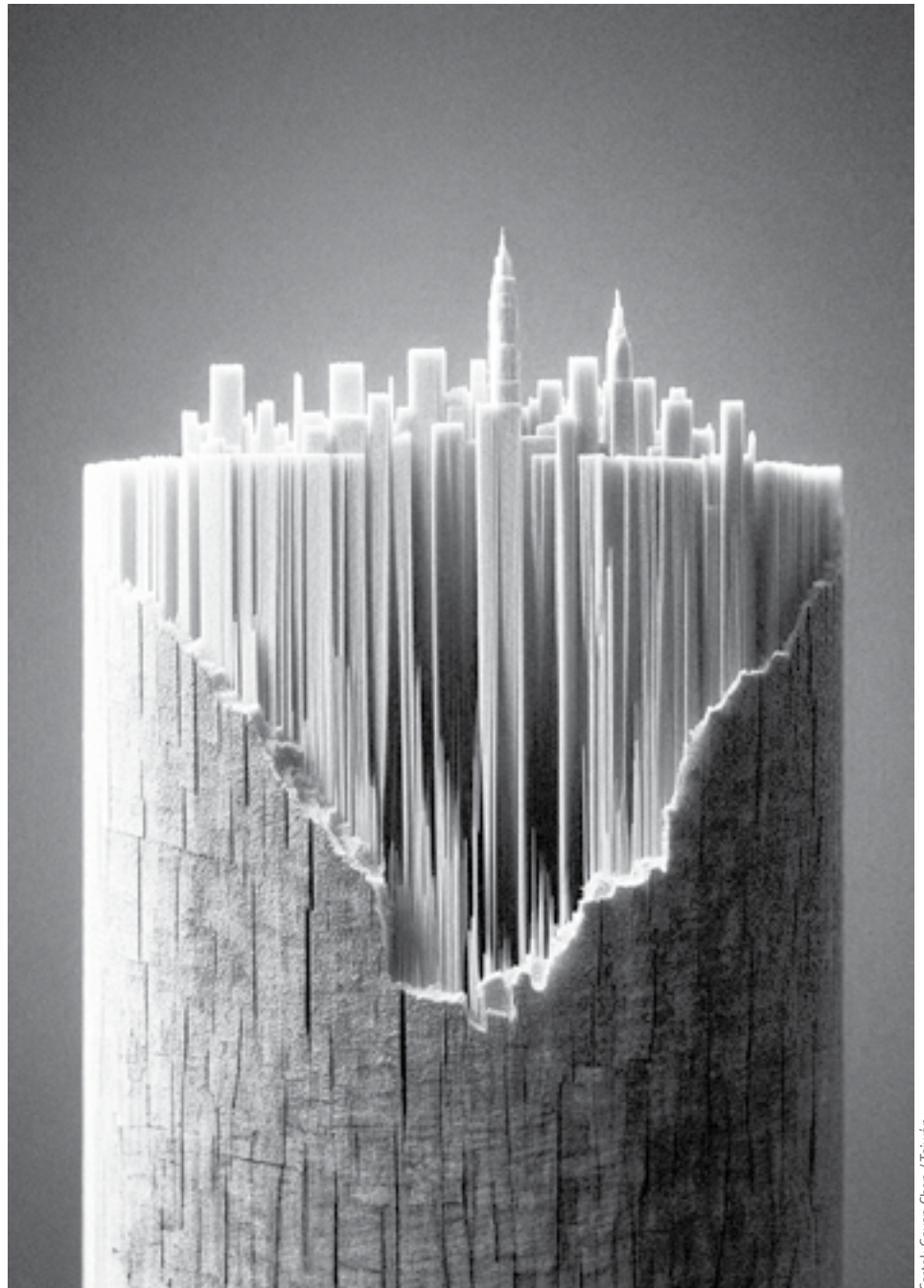
Resiliencia urbana ante los efectos del hundimiento regional

El hundimiento regional asociado a la sobreexplotación de los acuíferos ha sido reportado en México desde inicios del siglo XX. Si bien la Ciudad de México es un referente en el ámbito internacional debido a la magnitud de sus efectos, muchas otras zonas del país sufren este fenómeno, entre ellas las del centro, el Bajío y occidente. Estos hundimientos surgen al abatir ciertos sistemas acuíferos, ya que el agua que los conforma pierde presión y transfiere la carga a la estructura sólida (materiales geológicos), provocando una disminución de su espesor y, en consecuencia, un hundimiento de la superficie. Este fenómeno, llamado “subsistencia”, en ocasiones reactiva o forma fallas o fracturamientos por desplazamientos diferenciales.

Desafortunadamente, hoy en día no existen políticas públicas estandarizadas que permitan establecer medidas preventivas o de mitigación frente a la subsistencia, pues cada zona geográfica presenta condiciones geohidrológicas propias que exigen que cada sitio sea evaluado de forma particular. A escala global este fenómeno puede afectar un área de 12 millones de kilómetros cuadrados, exponiendo al 19% de la población mundial —más de 1,500 millones de personas—, con implicaciones económicas importantes. Los daños a la infraestructura pública y privada son constantes y requieren la inversión de montos elevados para las labores de mantenimiento y rehabilitación. En casos más extremos algunas edificaciones pueden sufrir daños de forma tal que son inhabitables por el riesgo de seguridad estructural, vulnerando a la población en las áreas afectadas.

Las condiciones para que el hundimiento regional continúe su desarrollo dependen de la presencia de estratos compresibles en el subsuelo y de la disminución de la presión del agua (abatimiento) en estos, lo cual sucede durante regímenes de extracción de agua de los acuíferos cuya tasa supera la de recarga.

El análisis del proceso de activación de la subsistencia en cada sitio, así como su interacción con las dinámicas sociales del entorno urbano, permite establecer programas y regulaciones fundamentadas en procesos participativos entre los actores sociales involucrados. Esto a su vez pro-



Cartel: Goyen Chen / Taiwán

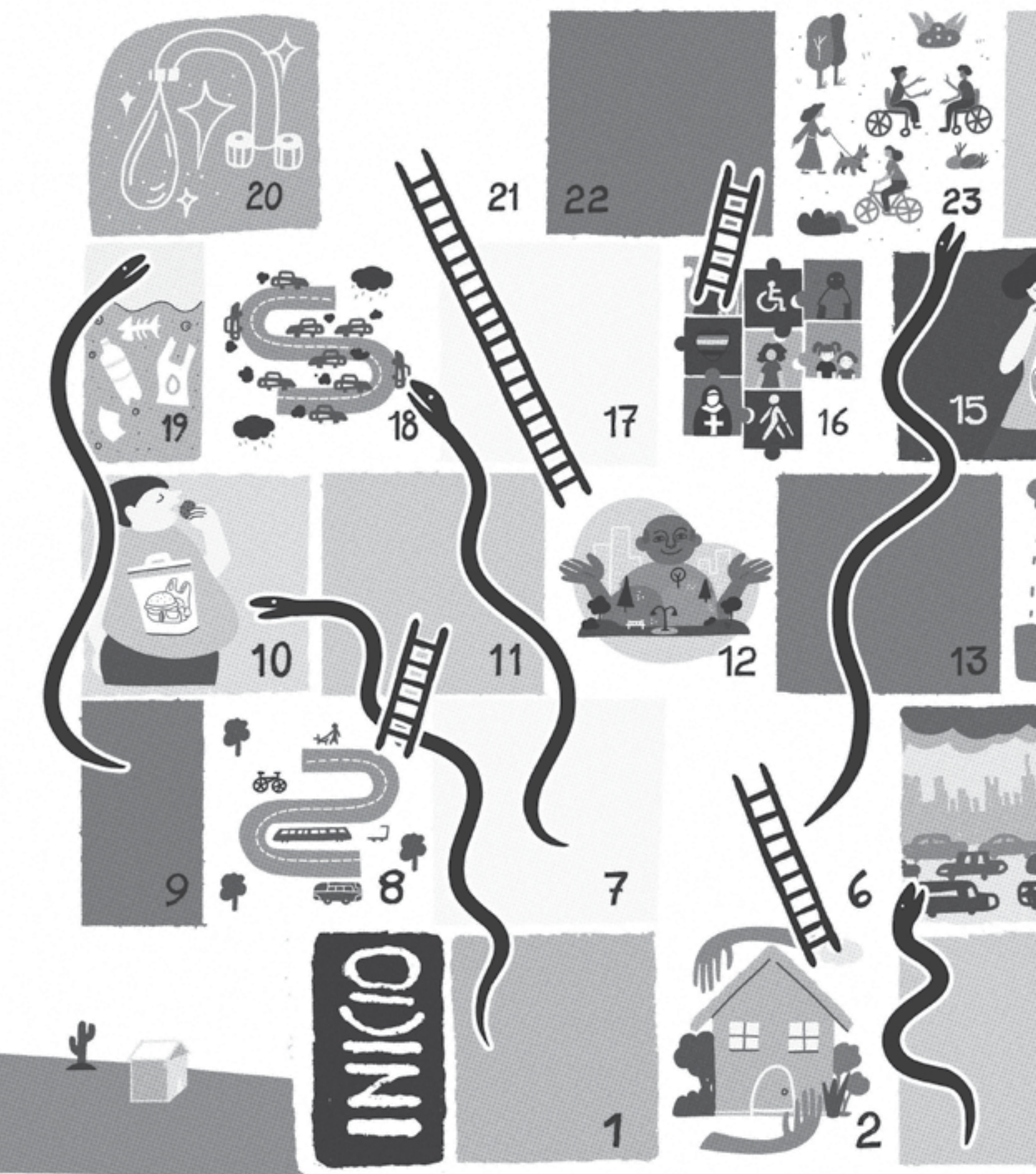
mueve medidas como el ahorro del consumo de agua potable, la captación de agua pluvial y la limpieza de vialidades, canales, arroyos y ríos. Diversos niveles de gobierno pueden impulsar la inversión en el tratamiento de agua urbana residual, la definición de áreas inundables y de recarga de acuíferos, y la identificación de zonas y niveles de peligro de hundimientos.

Para un desarrollo más sustentable del territorio es necesario realizar estudios que

identifiquen las áreas susceptibles a este fenómeno o en las que ya se ha manifestado, así como evaluar de qué manera puede afectar la infraestructura y las edificaciones.

El éxito de las medidas que se instrumenten requiere la concientización de la población y de las autoridades gubernamentales, además de su compromiso para favorecer la resiliencia urbana en beneficio de las generaciones actuales y futuras. •

JUGAR POR EL PLANETA: entre a



Avances, caídas y recuperaciones

Texto: Emma R. Morales García de Alba / Infografía: María S. Magaña



¿Cómo jugar?

1. Cada jugador lanza el dado por turno y avanza su ficha según el número que corresponda.
2. Si la ficha cae en una casilla con escalera, subirá al extremo superior. Si cae en una serpiente, bajará hasta la cola.
3. Gana el primero que llegue a la casilla final con el número exacto. Si un jugador saca un valor mayor al necesario deberá retroceder con base en lo obtenido.

Temas prioritarios

- 2. Vivienda adecuada
- 8. Movilidad sustentable
- 12. Áreas verdes
- 15. Comida saludable
- 16. Hábitat inclusivo
- 20. Agua limpia

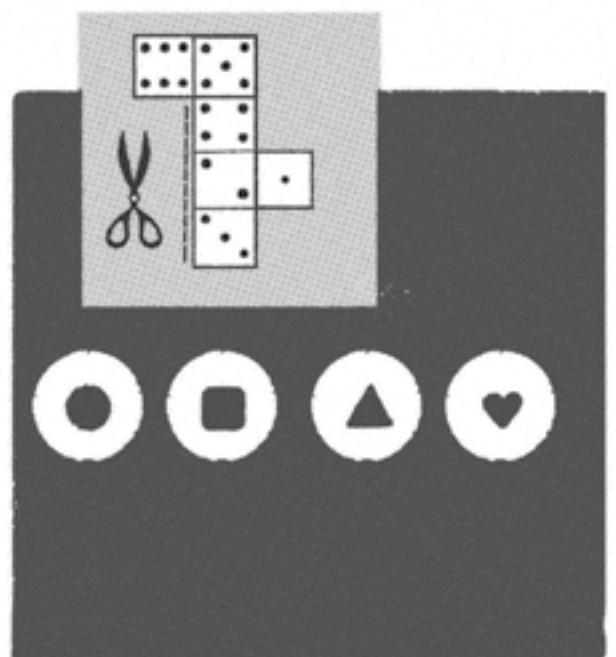
Introducción

Cada vez son más las personas con conciencia sobre los retos y los riesgos relacionados con el **hábitat** y la **sustentabilidad**. En particular aquellas que sufren los efectos negativos de la **sobreexplotación de recursos naturales**, la pérdida de cuerpos de agua, la **contaminación** del aire, el suelo y los ríos, así como el incremento de **eventos climáticos** adversos con impactos cada vez más fuertes. La incertidumbre ante el futuro nos paraliza porque sentimos que por cada paso que avanzamos existe el reto de volver a caer y que todo el esfuerzo realizado no sirve, como si fuera un juego de **serpientes y escaleras**. Te invitamos a recordar que al igual que en este popular juego de mesa, por más pronunciada que sea la caída, siempre se puede volver a caminar hacia adelante y que hay acciones y movimientos que nos ayudan a llegar a nuestra meta de manera más rápida. Lo importante es querer avanzar.

Grandes retos

- 5. Ciudades grises
- 14. Vivienda inadecuada
- 10. Comida no saludable
- 18. Movilidad contaminante
- 19. Agua contaminada
- 23. Hábitat excluyente

Recorta aquí los dados y las fichas:



LORENA CABRERA MONTIEL / investigadora del Departamento de Arte, Diseño y Arquitectura de la Ibero Puebla
EMMA R. MORALES GARCÍA DE ALBA / coordinadora del Doctorado en Hábitat y Sustentabilidad del ITESO

Vivienda: un espacio para la vida

Hace más de una década el mundo se atrevió a imaginar un futuro distinto. En las agendas internacionales —la Agenda 2030, los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS) y la Nueva Agenda Urbana— se trazó una ruta ambiciosa. Entre sus compromisos estaba uno urgente: garantizar el acceso a la vivienda para todas las personas. En el ODS11, en particular, se propuso construir asentamientos más *inclusivos, seguros, sostenibles y resilientes*, así como acciones de planeación participativa, políticas para reducir la desigualdad y el impacto ambiental de las ciudades, el acceso equitativo a servicios públicos y desarrollar resiliencia para enfrentar los desastres y el cambio climático.

La Nueva Agenda Urbana (2016) planteó que el derecho a una vivienda adecuada es una condición básica para alcanzar ciudades justas, y señaló que no se trata solo de edificar casas sino de recordar para quiénes se construyen. La vivienda, más que un bien de intercambio, cumple una función social.

En México, pese a ciertos avances en política pública, poco se ha concretado en acciones para enfrentar las profundas desigualdades en el acceso a la vivienda: persisten asentamientos no reconocidos formalmente, aunque llevan décadas cobijando a miles de personas, y en los últimos años los precios del suelo y la vivienda se han disparado aun cuando los ingresos permanecen estancados. Hoy casi una de cada cinco viviendas está deshabitada, ya que muchas fueron adquiridas únicamente como inversión. A esto se suma la falta de renta accesible, los desalojos por procesos de gentrificación, el desplazamiento —a veces violento, a veces silencioso— de comunidades enteras y la transformación de barrios donde la especulación termina por expulsar sin contemplaciones a quienes han vivido ahí toda su vida.

El modelo de producción de vivienda deja de lado el derecho a habitar, pues se

ha reducido a mercancía, un objeto más dentro del engranaje urbano, lo cual profundiza las desigualdades estructurales. Pensar en el futuro de la vivienda no puede limitarse a la fórmula “adecuada, segura y asequible”, sino que debe materializarse en respuestas tangibles: hogares para personas reales, espacios para vivir.

La vivienda en el futuro debe recuperar su sentido más hondo: ser lugar. Es donde soñamos, definimos quiénes somos y cómo enfrentamos los obstáculos. Es el lugar donde se forman nuestros recuerdos más íntimos, se toman decisiones difíciles y se viven también los momentos más felices de nuestra historia.

Una vivienda adecuada, como ha definido la Organización de las Naciones Unidas, va más allá de tener un techo. Significa saber que no te van a echar de un día para otro. Supone que el costo de la vivienda no consuma más del 30% del

ingreso familiar. También implica contar con condiciones adecuadas: que no haya hacinamiento, humedad o materiales precarios; que tenga ventilación, luz natural y una temperatura confortable; acceso a servicios básicos —agua potable, saneamiento, electricidad— y una ubicación adecuada, fuera de zonas de riesgo y cercana a escuelas, hospitales o transporte. Además, el diseño y el uso de los espacios deben respetar la forma de vida de quienes la habitan.

Una vivienda adecuada es también una posibilidad de ser persona y convivir en sociedad. Nada de esto es nuevo. Son fundamentos esenciales del diseño arquitectónico y del urbanismo que se han perdido entre discursos que priorizan la rentabilidad y las inversiones, mientras se margina lo más valioso: la vida cotidiana de quienes habitan la ciudad, acompañada de sus emociones, sueños y relaciones. •



Cartel: Gabriele Corvi / Italia

DANIEL ENRIQUE SARDO / coordinador de los Proyectos de Aplicación Profesional del Departamento del Hábitat y Desarrollo Urbano del ITESO
GIANFRANCO FRANZ / profesor ordinario del Departamento de Ciencias Ambientales y de Prevención de la Universidad de Ferrara, Italia

Pequeñas acciones, grandes transformaciones

Hacia una economía centrada en las personas

Las personas de buena voluntad deben comprometerse cada vez más activamente en acciones virtuosas a pequeña escala, tanto en favor de los seres humanos más desfavorecidos y marginados como en relación con la naturaleza, entendida como el conjunto de todos los seres vivos. Este llamado no es retórico ni utópico, sino profundamente ético y urgente. Las grandes transformaciones no nacen exclusivamente de decisiones macroeconómicas o de políticas de Estado, sino también —y quizás, sobre todo— de pequeñas acciones concretas, cotidianas, llevadas adelante con conciencia, responsabilidad y compasión.

Estas pequeñas acciones son semillas de cambio que germinan en el suelo fértil de lo local y lo inmediato. Cuando una persona decide consumir responsablemente, apoyar emprendimientos locales o dedicar tiempo al cuidado del entorno, está creando ondas expansivas que gradualmente alteran las estructuras dominantes. La verdadera transformación comienza en gestos cotidianos: el huerto urbano en un terreno baldío, la cooperativa que desafía los circuitos comerciales convencionales o las prácticas de cuidado mutuo que fortalecen vínculos comunitarios frente al aislamiento contemporáneo.

Estas pequeñas acciones tienen la capacidad de alterar, desde lo más íntimo y local, los procesos sociales, económicos y culturales que configuran nuestro modo de habitar el mundo. No se trata únicamente de gestos simbólicos, sino de actos reales que pueden cambiar la forma en que vivimos, producimos, consumimos y nos relacionamos con nuestro entorno inmediato. Tanto en contextos rurales



como urbanos, tanto en zonas centrales como en territorios periféricos y marginados, cada persona puede ser agente de cambio. Cada acto —por más modesto que parezca— puede contribuir a la regeneración del tejido social y ecológico.

La transformación sistémica requiere un cambio de conciencia traducido en prácticas cotidianas diferentes. Necesitamos redefinir la prosperidad, el éxito y el bienestar, alejándonos de visiones puramente materialistas. La abundancia real no se mide por acumulación, sino por suficiencia, equilibrio y calidad de relaciones. Construir una economía verdaderamente humana significa recuperar el sentido original de esta disciplina: la gestión responsable del hogar común.

Iniciativas como la economía circular, el consumo local o el comercio justo no son alternativas marginales, sino semillas de un nuevo paradigma económico emergente que demuestra cómo producir y consumir respetando límites ecológicos y principios éticos.

Nos encontramos hoy frente a una crisis sistémica, múltiple y entrelazada: crisis ambiental, social, económica y también de sentido. Esta crisis no se resolverá únicamente mediante innovaciones tecnológicas o reformas institucionales, sino también —y especialmente— mediante una transformación cultural que nos lleve a repensar nuestras relaciones con el planeta, con la naturaleza y entre nosotros mismos.

La dignidad humana y la integridad ecológica deben ser fundamentos irrenunciables de un nuevo contrato social y económico. Necesitamos sistemas que reconozcan la interdependencia entre bienestar humano y salud ecosistémica, que valoren el trabajo de cuidados y distribuyan equitativamente recursos y

oportunidades. En tiempos de fragmentación social y deterioro ambiental acelerado, reconstruir comunidad y restablecer nuestra conexión con la trama de la vida se vuelve un imperativo ético.

Este es un llamado a pensar una “Economía como si la gente importara”, como planteó E. F. Schumacher; una invitación a priorizar la vida, la dignidad, el bienestar colectivo y el equilibrio con la naturaleza por encima de la lógica del crecimiento ilimitado y la acumulación sin sentido. En lugar de una economía centrada exclusivamente en la eficiencia y el beneficio económico necesitamos una economía centrada en las personas, en las comunidades, en la sostenibilidad a largo plazo y en la justicia social y ecológica. •



MAYA VIESCA LOBATÓN
Académica del Centro de Promoción Cultural
y coordinadora del Café Científique del ITESO

Naturalmente humanos

En qué momento comenzamos a preguntarnos sobre la naturaleza, sobre lo otro? ¿En qué momento dejamos de ser naturaleza? Hace 3.8 mil millones de años surgió la vida en la Tierra. El *Homo sapiens*, nuestro antecesor, se ubica hace 230 mil años. Por su parte, la capacidad lingüística, y probablemente con ella el pensamiento simbólico y su enorme capacidad de aprehensión del entorno, hace alrededor de 100 mil años.¹ En el siglo IV a.C. los presocráticos buscaron explicar los fenómenos de maneras no mitológi-

cas, apelando a la experiencia concreta del mundo. Por otro lado, cerca del inicio del tiempo de Cristo la filosofía romana había comenzado a “oponer la idea de naturaleza –estado inicial desprovisto de influencia humana– a la de cultura –relativo a lo que ha sido apropiado por las sociedades”–.² Así, las ciudades empezaron a verse como lugares de suciedad y vicio, mientras que la naturaleza sería el idílico espacio para el encuentro con Dios. A diferencia de la Antigüedad y de las cosmovisiones precolombinas, en las que los dioses eran parte de la naturaleza y esta, a su vez, se percibía como un proceso dinámico, la cristiandad desarrolló una visión de mundo en la que Dios no era parte de la naturaleza, y las personas, creadas a su imagen y semejanza, tampoco. El Renacimiento, al retomar ideas platónicas que jerarquizaban el espíritu sobre la materia, fortaleció esta separación y preparó el camino para concebir la naturaleza como objeto de explotación. Para algunos, esta visión, central en la Modernidad, dio lugar a los comportamientos que han derivado en la crisis ambiental en la que nos encontramos.³

Seamos consistentes o nos movamos entre diversas aproximaciones en función del contexto, es probable que poco hayamos reflexionado sobre lo que es la naturaleza, pese a que rija nuestra forma de actuar en el mundo. Las luchas ambientales en buena medida son luchas epistémicas y de sentido: lo que pensamos sobre la naturaleza, sobre lo que hay que conservar, constituye la base de las políticas y acciones en materia de sustentabilidad que desarrollamos o apoyamos. La crisis ecológica es concreta y requiere de soluciones prácticas, que no sucederán sin dedicar tiempo a lo abstracto y complejo de los conceptos que están detrás. •

1. Dizikes, P. (2025, 14 de marzo). ¿Cuándo surgió el lenguaje humano? *MIT News*. <https://bit.ly/44hl0sd>
2. Ducarme, F., & Couvet, D. (2020). What does 'nature' mean? *Palgrave Commun*, 6(14), 2. <https://bit.ly/44ekhrV>
3. White, L. (1966). The historical roots of our ecologic crisis. *Science*, 155(3767), 1203–1207. <https://www.jstor.org/stable/1720120>



ALEXANDER ZATYRKA PACHECO, S.J.
Rector del ITESO

La semilla de la esperanza

Para muchas personas pudiera parecer que estamos en tiempos que dejan poco terreno para ser optimista. Habitamos un planeta amenazado en su equilibrio ecológico, rozando límites que otrora habríamos pensado lejanos y que comprometen la supervivencia de todas las especies que cohabitamos en este sistema. Convivimos, además, en un país lacerado por muchos problemas: la violencia, la inseguridad, la desigualdad y la incapacidad de las autoridades para resolverlos. A lo que se suman la polarización, la manipulación, la posverdad y las presiones de gobiernos externos, solo por mencionar algunos. Es normal creer que la dimensión de esta problemática cierra todas las puertas a la esperanza. Así como es comprensible que nos cueste trabajo ver hacia el futuro e imaginar alternativas que nos liberen del estancamiento o del abismo. Ante un panorama tan adverso, soy de la idea de que nuestro deber es abrir rendijas de luz y trabajar por la construcción de una sociedad que nos permita crecer como personas y vincularnos como comunidad. En otras palabras, considero que cuando los tiempos nos muestran su rostro más desalentador, estamos obligados a convertirnos en sembradores de esperanza. Como dijo el padre Peter–Hans Kolvenbach, quien fue Superior General de la Com-

pañía de Jesús: “Somos cada vez más conscientes de que las estructuras de la convivencia humana son de varias clases, no solo económicas y políticas, sino también culturales y religiosas, todas ellas condicionan la vida humana, todas pueden debilitarla o destruirla, y todas pueden impregnarse del evangelio e incorporar una mayor justicia social y caridad”.¹ Esta manera de sembrar esperanza no se reduce a la mera denuncia. Se trata de confrontar la realidad mediante un compromiso en el que la persona emplee su ser profesional y espiritual en la búsqueda de esa esperanza. Se trata de arriesgar-



Cartel: Felipe Jácome / Ecuador

nos a crear alternativas en donde parecen no existir, a exponer contradicciones y a exigir cambios en aquellos lugares o situaciones en los que imperan el conformismo y la imposición. Es tiempo de forjar una nueva realidad, teniendo la audacia de imaginar y trabajar hacia una sociedad que quizás ahora parezca imposible, pero cuya búsqueda apasionada puede convertirnos en la mejor versión que podemos imaginar de nosotros mismos. Hacia ello debemos enfocarnos. •

1. Kolvenbach, P.H. (2000, 24 de enero). *Carta sobre el apostolado social*. <https://bit.ly/4nb7lQa>

CATERINA RONDONI / investigadora postdoctoral de la Universidad de Ferrara y profesora en Investigación de Mercados Agrícolas en la Universidad de Santiago de Chile

MARINÉS DE LA PEÑA DOMENE / investigadora del Centro Interdisciplinario para la Formación y Vinculación Social del ITESO

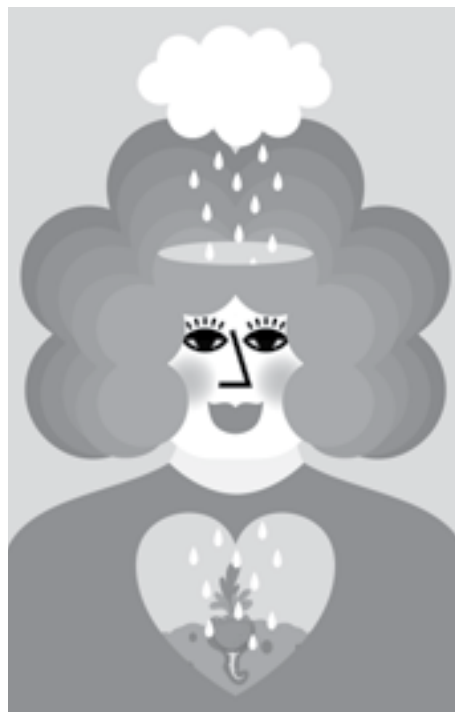
Soberanía alimentaria y acción colectiva en Jalisco

Sembrar futuros en tiempos de crisis

Hablar del futuro desde el presente implica, hoy más que nunca, tomar partido. Frente al colapso climático, el desmantelamiento de los tejidos rurales y la intensificación de las desigualdades urbanas, la alimentación se convierte en una de las arenas donde se juega no solamente la sobrevivencia, sino también la posibilidad de imaginar y construir futuros alternativos. En este escenario la soberanía alimentaria no es una utopía lejana, sino una práctica viva, situada, profundamente ligada a los cuerpos, los territorios y las relaciones que los sostienen. Este breve artículo nace del diálogo generado en la mesa redonda “Hacia una nueva relación rural–urbana: Innovación y colaboración en los sistemas agroalimentarios”, realizada durante el Congreso de Sustentabilidad del ITESO 2025. Lejos de ofrecer soluciones cerradas, recuperamos aquí las voces de agricultores, transformadoras, defensoras de semillas, consumidoras conscientes y académicos comprometidos que, desde su práctica cotidiana, están sembrando caminos hacia futuros más justos y sostenibles. A través de sus testimonios queremos explorar cómo la acción presente puede convertirse en semilla de esperanza colectiva en tiempos de incertidumbre.

Jaime Morales Hernández, del Centro de Formación en Agroecología y Sustentabilidad, lo expresó con claridad: el ingreso de México al Tratado de Libre Comercio significó una cesión de soberanía alimentaria y una apuesta por la agricultura industrial exportadora. En Jalisco —autodenominado “gigante agroalimentario”— esta transformación trajo consigo monocultivos, pérdida de suelos, desaparición de saberes campesinos y concentración del poder agroalimentario. Mientras el estado lidera la producción nacional de huevo, carne de cerdo y frutos rojos, más de dos millones de personas viven en pobreza alimentaria. Se exporta agua en forma de tequila y *berries*, mientras que se importa el 70% de lo que se consume. El futuro, en este modelo, ya llegó: es insostenible.

Frente a este panorama emergen prácticas que siembran otras posibilidades. Ezequiel Macías Ochoa, integrante de la Red



Cartel: Kathiana Cardona / Venezuela

La soberanía alimentaria no es una utopía lejana, sino una práctica viva, situada, profundamente ligada a los cuerpos, los territorios y las relaciones que los sostienen.

de Alternativas Sustentables Agropecuarias, recuerda cómo recuperar la relación con la tierra ha sido clave para reconstituir comunidad y dignidad campesina. Neireida Sánchez Rubio, desde el proyecto Semillas Colibrí, resignifica la semilla como vehículo de autonomía, creatividad y transmisión intergeneracional, vinculando infan-

cia, mujeres y memoria viva. Ana Caren Alvarado González, del Molino Mopohua, relata los desafíos de producir tortillas con maíz criollo, construyendo un modelo cooperativo que respeta al productor y al trabajador. Roberto Paulo Orozco Hernández, de la Cooperativa de Consumo Consciente Milpa, nos recuerda que el consumo también es un acto político: decidir de quién dependemos, cómo nos alimentamos y qué vínculos tejemos. El cuerpo como primer territorio.

Desde la academia, Gregorio Leal Martínez, investigador del ITESO e integrante del Centro Interdisciplinario para la Formación y Vinculación Social, subrayó que las universidades tienen la responsabilidad de ir más allá de la producción abstracta de conocimiento. Recordó que los conceptos —especialmente aquellos producidos en la academia— pueden ser tan potentes como peligrosos si no se encarnan en lo concreto. Hizo un llamado a “bajar” los conceptos al territorio, a replantearlos desde la práctica y la experiencia vivida. Términos como *convivialidad* o *cuidado* —dijo— no deben quedar en el plano teórico, sino volverse herramientas para reorganizar nuestras relaciones y nuestras instituciones desde una ética de la vida y la colaboración.

Las voces reunidas en esta mesa invitan a resignificar conceptos fundamentales. Más allá de la “soberanía” entendida como autosuficiencia, proponen construir *interdependencias* solidarias y territoriales. Practican la *convivialidad* como forma de vida compartida, el *cuidado* como principio político y la *compertencia* como alternativa al mercado dominante. Se trata de sembrar afectos, saberes y vínculos que nos permitan imaginar futuros anclados en el presente, no como ejercicio de especulación, sino como práctica cotidiana.

La alimentación se revela aquí como eje articulador de resistencias y propuestas, como territorio fértil donde se cruzan la justicia social, la salud, la identidad y la sostenibilidad. Reconocer y fortalecer estas experiencias es, hoy, una tarea urgente para todas y todos los que creemos que otro mundo —más justo, más habitable— no solo es posible, sino que ya está germinando. •

LEANDRO HOYOS / *director de Proyectos LEHO y docente e Investigador de la Universidad Católica de Colombia*

Cada gota cuenta

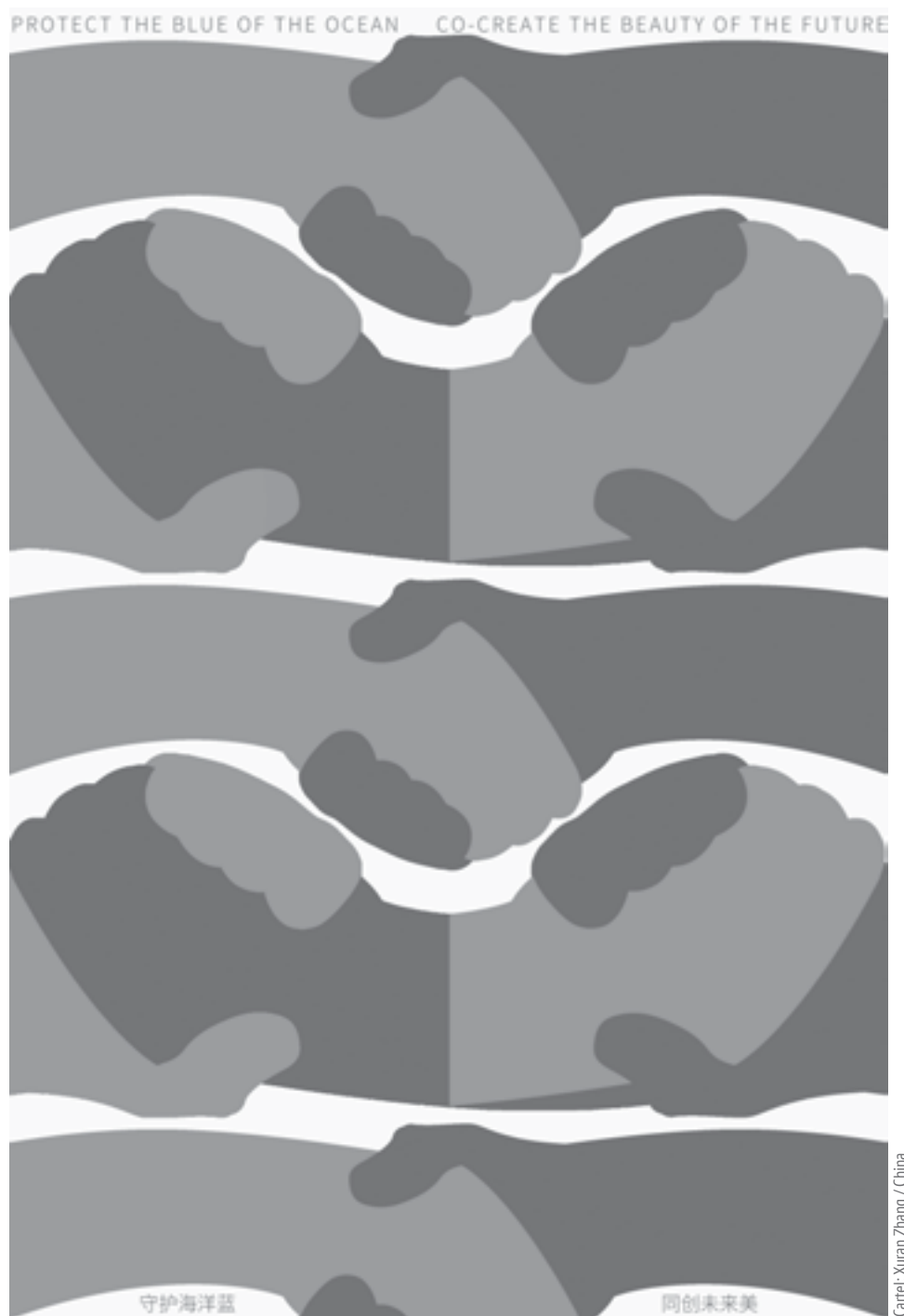
En términos de agua y sostenibilidad, cada gota cuenta, pero detrás de esa obviedad se esconde un profundo desconocimiento de las dinámicas y la real dimensión de los hábitats en relación con el agua en nuestro ecosistema.

Consumimos la comida como si fuera algo diferente al agua, tal vez un complemento necesario para digerirlo. Pero, cuando alguien en una mesa de trabajo a la que asistí planteó la relación del agua que se exporta al vender alimento a otro país, me encontré de frente con una reflexión que nunca se había hecho: ¿cuánta agua hay en un tomate? ¿En una fruta? ¿Cuánta agua se requirió para producir esos productos? ¿Qué tan cara o barata cobramos el agua para dejarla ir?

No nos estamos haciendo ricos ni generando ingresos; estamos entregando el agua por la que, justo en este momento, nos quejamos de su escasez. Y, aun así, ¿cuánta agua nos falta realmente? ¿Qué tanto escasea?

Estas cuestiones se pueden responder relativamente fácil si miramos con cuidado las facturas del agua que pagamos en nuestras ciudades, si observamos nuestros hábitos diarios y si usamos nuestra curiosidad para preguntarnos lo siguiente: ¿cuánta agua sale cada minuto por la regadera de la ducha? ¿Cuánta por el grifo del lavamanos cuando nos cepillamos los dientes o nos lavamos las manos? Es más probable que quienes pagan los recibos en una empresa o en un centro comercial lo tengan más claro, y con razón empiezan a ser tan comunes las tecnologías de ahorro de agua en esos espacios, así que surge otra cuestión: si estas tecnologías están disponibles en una plaza comercial, en una universidad o en las instalaciones donde trabajamos, ¿por qué no en nuestros hogares?

De manera casi segura, la respuesta estará asociada a algo tan simple como que son tecnologías costosas. Surgen entonces nuevas interrogantes: ¿cuánto cuesta no hacerlo? ¿Cuáles son las consecuencias de no hacer estas inversiones? ¿Cuántas de estas decisiones no son resultado de una barrera económica sino de nuestra resis-



tencia al cambio, a la inercia de los hábitos cotidianos o a la ignorancia de no cuestionarnos sencillamente sobre lo que nos rodea?

Es probable que debamos recuperar la curiosidad por nuestro entorno; una curiosidad que nos permita volver a hacer preguntas simples para las que aún no tenemos respuestas. Respuestas que podrían surgir de lo más cotidiano, de nuestras propias rutinas, y que tal vez nos sorprendan, no solo al mostrarnos cuántas cosas hacemos mal cada día, sino también al revelar lo sencillo que podría ser lograr algunos cambios. Estoy seguro de que evitamos reflexionarlo porque tememos encontrar algo que nos incomode o afecte nuestra comodidad. Sin embargo, no hacerlo no impedirá que suframos las consecuencias de nuestros hábitos.

Las soluciones casi siempre nacen de una profunda comprensión del problema, y ese es el primer paso en este camino.

Lo mismo que ocurre con el agua puede aplicarse a la energía, los residuos, la ropa y muchos otros aspectos de nuestra vida diaria. A veces eso nos abruma y terminamos descartando que nuestro pequeño esfuerzo sea parte de la solución. No los culpo. Pero no tengan miedo: si empezamos a hacernos estas preguntas y a entender el problema, más rápidamente encontraremos juntos las soluciones. Vale la pena pedirle ayuda a los más pequeños, que saben cómo preguntar, y pueden enseñarnos a quienes lo olvidamos.

Cada gota cuenta, y cada gota que salvemos depende de cada pregunta, cada reflexión y cada respuesta. •